dejamos un cadáver; una cosa que no tiene nombre, dice Bossuet, un puñado de ceniza!

Luego morir es transformarse, es pasar de una á otra vida, de un mundo en que buscamos la verdad á otro que la posee. La muerte nos conduce á Dios; este es un hecho que borra todos sus dolores.

Tenemos, pues, que tememos la muerte porque carecemos de fe, que la maldecimos por falta de luces; la muerte es el mejor beneficio de la vida, pues que es su término.—Pero yo no quisiera morir. Concedido, no morirás. Dios te permite que seas eterno en la tierra. ¡Espantoso regalo! Considérate condenado á desear siempre, sin poseer jamas, á buscar siempre sin hallar jamas, á entrever siempre sin jamas contemplar, á amar siempre sin conocer jamas el Dios á quien amas. ¡Ah! ¿qué seria la vida, si se limitase á este mundo, con tantos deseos que incesantemente tienden mas allá? Todo lo que el hombre busca, columbra, estima, adora, ¿dónde está? En ninguna parte del mundo. La muerte pues ha de dárnoslo, esto es, darnos lo que la vida nos manifiesta. Luego la muerte es un bien, el mayor bien que puede el alma concebir, el camino de una eternidad que seria nuestro suplicio en la tierra.

Hombre de poca fe, blasfemas de la muerte, y por su medio has de poseer todos los tesoros que en esta vida te permite Dios tan solo columbrar y desear. Comprender la muerte es estudiar á vivir bien; comprender la vida, es ser feliz en la muerte.

Descansemos pues sin temor en la cama donde reposa el linaje humano. Si la cólera no pesa sobre nuestra vida, ¿porqué se manifestaria repentinamente en nuestra muerte? Las leyes de la naturaleza son leyes de benevolencia, que nos protegen hasta el fin, y tal vez en su última expresion depositó Dios el gran secreto de lo venidero. Observad que las miradas

moribundas de todas las criaturas se dirigen al lugar donde su posteridad ha de renacer. La mariposa muere al pié de la flor en que depositara sus huevos; el pájaro al pié del arbusto cuyas semillas le gustaban y que abrigaba su nido; el corzo muere entre las rocas, el toro en medio de los prados, y echado sobre sus queridos pastos; símbolo de su propia inmortalidad, el hombre muere con la cabeza y los ojos vueltos hácia el cielo.

CAPÍTULO XXXI.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.

LA MUERTE NO ES UN CASTIGO IMPUESTO AL LINAJE HUMANO.

Tenemos negocios en el cielo, ó mejor diré, no tenemos negocios en la tierra, porque todos nuestros negocios estan en el cielo.

(BOSSUET, *Sermon sobre la paz hecha por Jesucristo.*)

Gracias te doy, ó muerte, por las luces que me das.

(BOSSUET, *id.*)

Señor, vos me habeis probado y me habeis conocido.

(*Salmo* CXXXVIII.)

AL cuadro que acabamos de bosquejar opone la supersticion los mas horrorosos espectáculos. Ella es la que al entrar en el mundo, nos dice á gritos: Alerta, acabas de nacer en la cólera del Señor: alerta, esta vida tan hermosa no es mas que una sentencia

de muerte. Llora, gime, sufre, castígate desde el momento en que naces : ¿no ves que tu primer padre cometió una falta enorme, que es maldecido, y que el Dios vengador quiere suplicios? ¡Alerta! No goces de cosa alguna, nada aceptes; los placeres que encantan tus sentidos, son lazos; tus pasiones las mas inocentes, crímenes; no se trata de sujetarlas á una regla, sino de destruirlas. Destruir las obras de Dios, es complacer á Dios : el desprecio de la naturaleza y el horror de tí mismo, es lo único que puede asegurar tu salvacion. Y aun así, tendrás que morir, y de muerte espantosa, porque la muerte no es una preservacion de los tormentos de la vida, es el castigo de tus iniquidades. Hijo de cólera, tiembla, y póstrate ante la muerte, que lleva en sus flancos descarnados la condenacion y el infierno.

Tales son las doctrinas con que se pretende explicar la presencia del mal en la tierra. Si el hombre, dicen los doctores, no fuese maldecido, ¿fuera tan desgraciado? El dolor está pegándose á su carne, el error uniéndose á su pensamiento, el disgusto ajando todos sus placeres, la muerte destrozando todas sus afecciones : constantemente suplicios!..... ¡Primero los que naturaleza le impone, despues los que se forma él mismo; la calumnia, la miseria, el veneno si es virtuoso; si es criminal, el aislamiento, los remordimientos, la execracion, el cadalso! ¡Cualquiera que sea la via que tome, solo le esperan suplicios! Suplicios á Sócrates, suplicios á Cartouche, suplicios á Luis XVI, suplicios á Robespierre; ora seas inocente, ora culpable, solo suplicios! Semejante vida no puede habernos sido dada sino en la cólera; es el castigo de un crímen, sea pues su expiacion. De este modo hablan los doctores, así habla el mismo Pascal. Para comprender al hombre, este gran genio se constituye calumniador de Dios.

Pero ¡qué! ¿en un universo tan magnífico no hay mas que venganzas? ¿en esta vida tan maravillosa no tenemos mas que dolores? Imponed por un instante silencio á las autoridades teológicas, llamad á vuestro auxilio la autoridad de vuestros ojos y de vuestra alma, y osad preguntaros : ¿Hubiera acaso echado Dios una criatura maldecida, en medio de la abundancia, entre alfombras de verdor, de flores, y del gran espectáculo del sol? Vosotros no acertais á hablar sino de cólera y de odio, y yo hablaré siempre de benevolencia y de bondad. Aquí todo obedece al hombre. Yo veo animales feroces, pero los doma; comarcas áridas, pero las cubre de mieses; ¡qué! ¿á un ser maldecido le fueran dados los frutos de la tierra, y todos los animales que la habitan? á un ser maldecido, el sol, los colores, los sabores, los olores, la luz; ¿á un ser maldecido el placer y el amor, el poder y el trono? porque en fin el hombre es el rey del mundo, manda á la naturaleza entera; esta tierra es su imperio, y su vida una majestad.

A estos beneficios que se nos han dado por benevolencia, pues que añaden á la vida los placeres, oponeis el mal que hay en el mundo y nuestras enfermedades físicas y morales. Las veo como vosotros, y para aprender á comprenderlas, me remonto a la creacion del hombre. ¿Cuáles son los elementos de que se compone? Si consulto las Escrituras, su alma es un soplo de vida de Dios, pero su cuerpo un poco de barro tomado del globo en que habita. Dios le formó del barro de la tierra, dice el *Génesis*. Así, segun el mismo libro de Moises, el hombre al salir de las manos del Criador, ántes de cometer ninguna falta, ántes de ser maldecido, estaba sometido á todos los males, á todas las enfermedades que son la esencia de la materia.

No es pues, como dice Bossuet, un edificio en es-

tado de ruinas, que en sus paredones derribados conserva aun un resto de la belleza y de la grandeza de su primer plan (1). Hoy es lo mismo que era al principio del mundo; un poco de fango animado del soplo divino, un ser completo en sus perfecciones, como en sus imperfecciones; débil y fuerte, grande y miserable, pudiendo resistir ó sucumbir á la tentacion, segun se deje dominar por el espíritu ó por la materia. De ello resulta que el hombre amasado de barro, no ha podido ser inmortal en el mundo; las leyes impuestas á la materia se oponen á su eternidad terrestre.

Otra observacion no ménos importante, es que la caida del hombre hubiera exigido la formacion de un mundo nuevo, en armonía con sus nuevas necesidades, y sus nuevas enfermedades; de un mundo destruido como él. Y si nos atenemos á la Escritura, nada ha cambiado en el globo desde su creacion. Adan puebla la tierra, y esta los aires y las aguas de los mismos vegetales, de los mismos animales que vemos todavía: hace mas, da á cada planta la semilla que ha de *reproducirla,* y presenta todas las criaturas atentas á la voz de Dios, que les dice: *Creced y multiplicaos.* Así todo lo de este mundo está preparado para la muerte, aun ántes de la formacion del hombre. Los medios de reproduccion estan dispuestos, porque estaba prevista la destruccion, que es el cumplimiento de la ley de la naturaleza. No hay excepcion, porque si la hubiese, destruiria la vida. Un solo mosquito exceptuado de esta ley, bastaria en pocos años, como hemos dicho ya, para acabar con la creacion.

Y en cuanto á las pruebas de la omnipotencia de la muerte desde el orígen de las cosas, las vemos es-

(1) Sermon para la profesion de fe de Madama de Lavalliere.

tampadas en las mismas entrañas del globo; cada vez que el hombre penetra en ellas, descubre vestigios de una creacion mas antigua que él. Esas cretas, esos espejuelos, esas rocas, esas arenas han sido seres organizados. Los mármoles con que los reyes construyeron sus palacios, han vivido, y nuestros mas magníficos monumentos no son sino restos de cadáveres. Así la muerte talaba el globo, y ántes que el hombre apareciese, estaba preparada para recibirle.

Y si ántes que el hombre apareciese, la muerte era ya una ley de la naturaleza, una condicion necesaria á todas las existencias, tenemos que no podria ser un castigo, y no siendo tal, es un beneficio, pues que solo ella puede cumplir la mas grande de nuestras ideas. ¿Y qué fuera la muerte, si no fuese la realizacion de las cosas columbradas durante la vida? La muerte es la puerta de otro mundo, como la vida lo es de este. Es el complemento del ser; un segundo nacimiento: nuestro nacimiento en la eternidad.

Pero para asegurarse de que el hombre no ha podido jamas en el mundo gozar de un estado mas perfecto, basta estudiarle en sus relaciones con todas las cosas que le rodean. Aquí los dones responden á las necesidades, los beneficios á los deseos, la duracion á las facultades, la vida á la vida, la muerte á la muerte; porque si el hombre vive y muere, todo vive y todo muere á su derredor para él y por él. Suponer al hombre inmortal en medio de esta destruccion general, es inventar suplicios mas crueles que los del infierno. ¿Y fuera la suerte de un ser destinado á la felicidad no poder unirse á cosa alguna viva, y estar incesantemente viendo pasar uno tras otro toda la creacion, como un inmenso séquito fúnebre? El hombre hubiera sido ménos completo despues de su creacion que despues de su falta, pues

que para suportar tan deplorables espectáculos, hubiera debido privársele de compasion y de amor.

Así, nada ha cambiado en el globo desde el principio de las cosas; y si el globo está en armonía con el hombre, podemos concluir que el hombre no ha cambiado. Efectivamente, tan distante está el hombre de haber perdido de su primera formacion, como el universo de ser una creacion mutilada. Vosotros en su miseria veis la prueba de su caida, yo veo en ella una condicion de su existencia; vosotros buscais en su alma la estampa de una grandeza perdida, y yo siento en ella el testimonio de una grandeza prometida. No es un rey destronado, es un guerrero que combate para alcanzar una corona; el único ser en la tierra en cuya presencia haya caido el velo de la nada; porque el hombre al recibir la vida, no ha perdido á Dios, sino que le ha hallado. Y porque el mal se halla en el mundo, ¿llamaríamos expiacion una mira tan grandiosa, llamaríamos presuncion un favor tan prodigioso? ¡Ah! aun cuando los dolores del infierno se desplegasen en la tierra, aun así, la vida seria un beneficio, toda vez que por medio de la vida llegamos nosotros á Dios.

Luego no hay caducidad, no hay expiacion, sino una prueba, no hay creaciones maldecidas, no hay un Dios colérico ni vengativo, sino un Dios, cuya bondad brilla en todas sus obras: la muerte, ley de la naturaleza, como la vida: el dolor, ley de la naturaleza, como el placer; y no el dolor y la muerte, venganza espantosa de un Dios. En el mundo está reservada la dicha para aquellos cuya alma está siempre dispuesta á perdonar, ¿y queremos que Dios sea feliz en el cielo, con un odio furioso que dura desde el principio del mundo y que ha de ejercerse hasta la consumacion de los siglos?

No, el hombre no ha sido concebido en la iniquidad, no está en revolucion desde el seno de su madre contra la ley divina; la tierra no es un altar sangriento en que todo lo que vive ha de ser eternamente sacrificado sin fin, sin medida y sin descanso (1) en expiacion de un crímen que no ha cometido; la salvacion del mundo por medio de la sangre da únicamente razon al verdugo, la salvacion de los hombres por medio de la virtud dará razon á la razon.

Y en efecto, ¿qué es la vida? un don de pura generosidad. Nada nos debia Dios, y creó un mundo para dárnoslo. Ha hecho mas, ha corrido á nuestra vista un pedazo del velo que le oculta al resto de la creacion: nos ha abierto el mundo invisible, la inmensidad, la eternidad; luego iluminando el camino que debe conducirnos hasta él, se ha dejado entrever en la muerte, para que nos sirva de satisfaccion; en el dolor, para que nos sirva de mérito; en el placer, para despertar nuestras esperanzas, y revelarnos uno de sus atributos, la bondad.

Así, el estudio de las leyes de la naturaleza nos enseña que Dios ha querido hacer de la vida una prueba, y no un castigo. La prueba es el combate entre las pasiones buenas y malas, entre la materia y el espíritu. El hombre es el único ser llamado á este combate, é igualmente el único llamado á la recompensa. Para que la prueba pudiese realizarse, era indispensable que el hombre fuese libre entre el bien y el mal, y que al lado del placer existiese el dolor; porque la prueba explica no solo la accion del mal, sino tambien la presencia del bien en la tierra. La prueba comprende el placer, porque ve en todas partes la benevolencia y la bondad; la expiacion comprende el dolor, porque ve en todas partes odio y cólera. El placer le espanta, le cree un lazo, y en su locura

(1) De Maistre, *Veladas de S. Petersburgo*, t. I, p. 54.

quisiera rebajarlo de la creacion. De ahí las austeridades, los suplicios, las disciplinas, el ayuno, el celibato, las mortificaciones de la carne y del espíritu: la mutilacion del hombre, el desprecio de la naturaleza, y las fatales doctrinas de la desesperacion y del miedo.

Todas las consecuencias de la prueba son sociales, morales y divinas, quiere al hombre completo, la virtud en lugar de la mutilacion.

Todas las consecuencias de la expiacion son salvajes, inmorales y crueles; quiere suplicios, pide sangre. El hombre entónces se hace implacable como su Dios, é implacable sin remordimientos. Las cruzadas, las dragonadas, los autos de fe, las degollaciones, se le figuran obras de misericordia; los sacrificios humanos son las caridades de la expiacion. Para librarnos de los tormentos de la otra vida, se nos quema en esta. La carne grita, no importa, porque degollándonos, se nos salva. La salvacion del mundo por medio de la sangre es la justicia de la Providencia, y el hombre es el que está encargado de matar al hombre (1) ¡Oís tan execrables palabras! el que las pronunció estaba lleno de fe, y en consecuencia del principio de expiacion, declaraba la guerra institucion divina, la inquisicion necesidad moral, y al verdugo como la piedra angular de la sociedad (2).

Doctrinas de ambiciosos y de sofistas que hacen feroces á los hombres, y que por sus acciones confunden los hombres de bien con los mas odiosos malhechores: véase pues á que precio la expiacion explica la presencia del mal en la tierra; echa al hombre fuera de las leyes de la naturaleza; le arranca á la sociedad, le castiga, le mutila, despues une á los

(1) M. de Maistre, *Veladas de S. Petersburgo*, t. II.
(2) Id. t. I.

tormentos que nos da en la vida, los terrores de la muerte, del infierno y de la eternidad.

Digámoslo otra vez, estas doctrinas no pueden ser verdaderas, porque son inmorales é impías.

La vida no es una expiacion, es una prueba.

La muerte no es un castigo, es una ley de la naturaleza.

Y si el hombre está sujeto á una prueba, el linaje humano ha de caminar á un objeto: la prueba consiste en la educacion del alma para el cielo.

Digamos pues que la vida terrestre es el principio de otra vida, á la cual no podemos llegar sino por la muerte: y acabemos el capítulo por esta importante definicion que resume todos los principios de esta obra: el hombre es un alma, unida por un tiempo de prueba á un animal inteligente.

El animal inteligente poseerá los bienes de la tierra, para los cuales nació, y la tierra será su sepultura. El alma, que es el hombre mismo, si ha vivido con órden poseerá la inmortalidad que presiente, el cielo que columbra, el Dios á quien implora.